

El género femenino como un multiplicador de fuerza*

DRA. EDITH A. DISLER, PHD

Resume ejecutivo

Durante el último siglo, un enfoque del estudio de la guerra ha sido el arte operacional —ese nivel de entendimiento por encima de las tácticas que hace que la doctrina, la estrategia y las operaciones ejerzan su influencia en un conflicto. Y puede decirse con certeza que la doctrina, la estrategia y las operaciones favorecen enfoques masculinos al conflicto. Sin embargo, la ciencia cognitiva, el estudio lingüístico, la ciencia de las organizaciones y la antropología, todas indican las características opuestas pero complementarias del género masculino y el femenino. La hipermasculinidad de la milicia, si bien obviamente apropiada, necesaria y, de hecho, crítica en situaciones tácticas, ha obstaculizado la visión amplia de los comandantes de las acciones militares en el pasado y sigue entorpeciendo un resultado favorable en los conflictos actuales y futuros. Si bien las autoridades militares están notando la importancia cada vez mayor de cualidades como la empatía y la intuición en la vida del soldado —atributos intrínsecos en el género femenino— la milicia mantiene directrices que restringen la presencia de mujeres, como género femenino, tanto en las operaciones militares como en la estrategia. Ejemplos históricos y contemporáneos muestran claramente el valor del género femenino en la cognición, interacción y estrategias centradas en la mujer— un valor que fácilmente podría interpretarse en maneras más eficaces de abordar las misiones del Departamento de Defensa (DOD, por sus siglas en inglés) y mayor éxito en las acciones militares. Evidentemente, la implementación militar de métodos sistémicos, intrínsecamente masculinos a la conducción de la guerra probablemente tendría éxito, inclusive en el ámbito de las operaciones militares, si estuviesen completamente complementadas por destrezas empáticas y comunicativas del género femenino.

Durante un episodio de la serie en televisión por cable, *Mad Men* —desarrollado en la década de los años cincuenta— un abuelo, y veterano de la Primera Guerra Mundial, busca en una caja de recuerdos y encuentra un suvenir de una batalla. “Esta era el casco de un soldado prusiano, los mejores soldados en el mundo”, le comentó a su nieto de alrededor de siete años de edad. Mientras hablaba, el abuelo introduce su dedo en un agujero hecho por una bala en el casco.

“Abuelo, ¿tú lo mataste?”

“Probablemente”, respondió, “matamos a muchos”.

“La guerra es mala”, dijo el niño.

“Quizás”, respondió el abuelo, “pero te convertirá en un hombre”.

Pocos argumentarán acerca de la admiración que los estadounidenses comparten por aquellos que dan un paso hacia adelante y prestan servicio en las fuerzas armadas, bajo juramento, —aquellos que están dispuestos a dar el paso hacia la batalla y entrenarse fuertemente para hacerlo hábilmente. Además, pocos argumentarán que la misma disposición para luchar y las destrezas bélicas son aspectos de la construcción de la identidad masculina estadounidense: “te convertirán en un hombre”. Sin embargo, las operaciones militares siempre han exigido mucho más que tan solo destrezas técnicas. Ya sean las batallas de hace un siglo, o las batallas de hoy en Irak y Afganistán, ganar la batalla y la guerra requieren tanto la ciencia dura de la destreza técnica y las ciencias más blandas que nos ayudan a comprender la motivación, perspectiva, cultura

*Este artículo fue previamente publicado en el libro de AU “Attitudes Aren’t Free”, febrero 2010.

y determinación. Estas consideraciones exhaustivas caen dentro del ámbito del arte operacional militar.

En su artículo en el *Joint Forces Quarterly* de enero de 2009, titulado “Systems versus Classical Approach to Warfare” (Planteamiento sistémico versus clásico para la guerra), el Profesor Milan Vego, de la Escuela Superior de Guerra de la Armada, aborda el tema del arte operacional destacando que los planificadores y practicantes de la guerra “obviamente confunden las distinciones entre la naturaleza de la guerra y el carácter de la guerra”, donde la “naturaleza de la guerra tiene que ver con las cualidades constantes, universales e intrínsecas que en un final definen la guerra a lo largo de los tiempos, tales como violencia, casualidad, suerte, fricción e incertidumbre”, y donde “el carácter de la guerra tiene que ver con esas características transitorias, circunstanciales y adaptivas responsables por los diferentes periodos de la guerra. Son definidas principalmente por las condiciones sociopolíticas e históricas en una era en particular al igual que los adelantos tecnológicos”.¹ Este autor propone que como nación hemos pasado por alto por mucho tiempo un tema fundamental que une la naturaleza y el carácter de la guerra —una característica que es tan incondicional y resueltamente dada por sentada que aún tenemos que examinar críticamente su aplicabilidad tanto en la naturaleza de la guerra y en el carácter de la guerra tal como las conocemos. Es la opinión de este autor que la mismísima identidad institucional masculina que trae a la batalla la voluntad de luchar y la destreza de lucha del combatiente —las cualidades que “harán de ti un hombre” —ha resultado en una mentalidad arraigada que ha limitado nuestra capacidad para prevalecer contra un enemigo con baja tecnología e insurgente.

La conexión entre los hombres, la masculinidad y la milicia es tan norteamericana como el “Star-Spangled Banner” (el Himno Nacional de EUA)—es decir, los norteamericanos han operado bajo la suposición que el papel femenino que la mujer desempeña es coser la bandera y el papel que los hombres desempeñan es defenderla. Lo que es extraordinario es el hecho de que esta noción persiste, a pesar de la cifra de más de dos millones de mujeres veteranas en Estados Unidos. Una dificultad semántica aquí es que los hombres y la masculinidad y las mujeres y la femineidad han sido tan fusionados que son inextricables. Si podemos considerar la masculinidad y femineidad aparte de sus asociaciones con el género masculino y el femenino, podemos comenzar a determinar las cualidades que connotan al género masculino y el femenino, por ende delineando cualidades y perspectivas que se pueden considerar en una discusión sobre el carácter y la naturaleza de la guerra. Después de todo, tanto los hombres como las mujeres tienen rasgos masculinos y femeninos. Lo que nos debemos preguntar es cómo se pueden realizar y distinguir esos rasgos de manera que podamos mejorar los resultados en el teatro de la guerra.

Durante las últimas dos décadas se ha presenciado gran auge en el estudio de la masculinidad. En su libro, *Manhood in America* (Hombría en Estados Unidos), Michael Kimmel destaca la importancia que los hombres colocan en probarse a sí mismos a otros hombres (promulgación homo-social). Él pregunta, “¿Cómo ha sido moldeada la historia estadounidense por los esfuerzos para probar y comprobar la hombría, las guerras que nosotros los estadounidenses hemos librado, las fronteras que hemos domado, la labor que hemos llevado a cabo y los líderes que admiramos?”² A pesar del hecho que muchos académicos en masculinidad no necesariamente señalan a la milicia como el modelo definitivamente masculino para los hombres estadounidenses, las cualidades de la milicia verdaderamente encajan punto por punto con las características individuales que los académicos utilizan colectivamente para definir la masculinidad: la voluntad o inclusive un deseo por luchar, promulgación homo-social junto con un sentido aculturado de poder y jerarquía y la subordinación del género femenino.³ Lo que es más importante, tal como Kimmel destaca en su ensayo del 2003, “Cualesquiera que sean las variaciones según la raza, clase, edad, etnicidad u orientación sexual, ser un hombre significa ‘no ser como una mujer’. Esta noción de anti femineidad radica en el centro de las ideas contemporáneas e históricas de la hombría, de manera que la masculinidad se define más por lo que uno no es que por lo que es”.⁴ La femineidad se ha definido menos y menos claramente pero ha sido consistentemente

relacionada con las tareas del hogar, con la conexión y la comunidad. Sin embargo, inclusive esas asociaciones entre el género masculino y el femenino han evolucionado y continúan evolucionando a medida que las condiciones “sociopolíticas e históricas”⁵ cambian.

La milicia evidentemente depende de las nociones contemporáneas de masculinidad y su requisito “anti femineidad”⁶ en su estructura orgánica y específicamente en los límites colocados en las mujeres en la milicia. Tal como Frels señala en su análisis en la Escuela Superior de Guerra del Ejército sobre la política actual del DOD, “Todas las causas que apoyan la política actual (restringir el papel que desempeñan las mujeres) tienen un denominador común: todas se basan en suposición y creencias en lugar de hechos”.⁷ Esas limitaciones en las mujeres ocurren en el nexo de la masculinidad como un aspecto de la naturaleza de la guerra y del carácter de la guerra. Específicamente, como un elemento de la naturaleza de la guerra, las nociones masculinas del debate han impulsado ubicuamente las ofensivas y defensivas militares; como un elemento del carácter de la guerra, las actitudes de la sociedad hacia las mujeres en la milicia son “características transitorias, circunstanciales y adaptivas que responden por los diferentes periodos de la guerra”.⁸ Durante la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, las mujeres en todos los países del mundo fueron incorporadas a varias misiones “combatientes y no combatientes” según era necesario para ese periodo de la guerra, pero se esperaba que regresaran a su esfera doméstica femenina una vez que cesaran las hostilidades. Inclusive durante el espacio de las tres últimas décadas, funciones aceptables para las mujeres (como la personificación del género femenino) en la milicia estadounidense han sido “determinadas por condiciones sociopolíticas e históricas al igual que adelantos tecnológicos”.⁹ La eliminación en 1993 de algunas restricciones de combate, particularmente en cuanto a aeronaves y buques de gran tecnología, por ejemplo, fue un resultado de presiones sociopolíticas cada vez mayores y de adelantos tecnológicos que hicieron irrelevantes las justificaciones fisiológicas.

La condición sociopolítica e histórica

Al considerar la relevancia de los elementos masculinos y femeninos de la milicia estadounidense actual, resulta importante recordar que algunas actitudes emanan de una anomalía después de la Segunda Guerra Mundial y de la Guerra Fría: la opinión de que Estados Unidos necesitaba un ejército permanente. Kimmel señala que, a inicios del siglo XX, muchos opinaban que “décadas de paz habían convertido a los hombres estadounidenses en afeminados y amanerados; que solamente estando en guerra constantemente se podía recuperar la masculinidad fronteriza”.¹⁰ Para fines de la Segunda Guerra Mundial se rescató esa masculinidad, y un ejército permanente proporcionaría ese estado de estar en guerra constantemente que impulsaría, conscientemente o no, los ideales masculinos estadounidenses. Tal como pudimos presenciar en la década de los años noventa, la milicia de Estados Unidos se mantuvo bastante a flote en su único estatus de superpotencia porque ya no estaba en guerra, no estaba contenta con el ritmo elevado de las operaciones de paz tales como mantenimiento de paz y fortalecimiento de la nación, y no tenía un enemigo específico contra el cual podía luchar, o al menos compararse, para superioridad militar o ideológica. Este es un motivo por el cual la milicia se prepara incesantemente para la última guerra —necesita una vara de medir para sentirse superior en potencia de tiro; o, en vista de que muchas de las últimas guerras son conflictos que no ganamos, quizás luchar en la última guerra es un “segundo intento”, en cierto sentido, para poder comprobar una superioridad tardía. Como hemos visto en muchas guerras en Irak y Afganistán y como vimos en la guerra de Vietnam, la naturaleza de la guerra es tal que la superioridad en la potencia de tiro y en la tecnología, que son elementos del carácter de la guerra, tienen muy poco que ver con prevalecer en el conflicto.

Notablemente, durante la Segunda Guerra Mundial todos los recursos de Estados Unidos, inclusive su fuerza laboral de mujeres, fueron aplicados. De hecho, tantas mujeres prestaron servicio en uniforme durante la Segunda Guerra Mundial como hay personas —hombres y mujeres— en toda la Fuerza Aérea de Estados Unidos del 2010. Y, por supuesto, este total no incluye las mujeres en la Oficina de Servicios Estratégicos (cuyos rangos incluyen la famosa chef Julia Child, quien era demasiado alta para el Cuerpo de Mujeres del Ejército); mujeres trabajando con el Manhattan Project (Proyecto Manhattan); mujeres fabricando tanques, buques y aeronaves; y miles, o más bien cientos de miles, de otras mujeres que contribuyeron directa o indirectamente a esa iniciativa de la guerra. En otras palabras, el empuje en tiempo de guerra fue tan enorme y su misión tan global que la presencia del género femenino según ha sido plasmado en esta fuerza laboral gigantesca, aunque no desprovista de sus problemas, fue considerada en gran medida como una forma grandiosa de trabajo en equipo —los talentos de los hombres y mujeres se complementaban entre sí cuando se aplican a una meta común global. Además, en vista de que la nación anteriormente no contaba con un ejército permanente, todos—hombres y mujeres— dieron por sentado que librarían la buena batalla y luego regresarían a los mismos trabajos, hogares y papeles que tenían antes de la guerra. La naturaleza intrínsecamente masculina de la milicia no estaba en duda a medida que “nuestros muchachos” peleaban contra los poderes del Eje; y los talentos más femeninos, personificados en Rosie the Riveter (Rosie la “remachadora”) (quien, curiosamente, fue un símbolo de fortaleza femenina ligeramente masculinizada) fueron considerados necesarios para la iniciativa de la guerra y transitorios.

Sin embargo, en la actualidad las mujeres se están afiliando a un ejército permanente que es hogar de una identidad masculina que se ha tornado profundamente encarnada, tanto en los valores institucionales de la milicia como en la percepción que el pueblo norteamericano tiene de la milicia. Desde la Segunda Guerra Mundial, la presencia de las mujeres en la milicia ha sido tolerada, en el mejor de los casos, y los hombres homosexuales —aparentemente percibidos como que albergan elementos del género femenino— en la actualidad son completamente indeseables. En su libro, *From Chivalry to Terrorism* (Desde la hidalguía al terrorismo), Brandy opina, “Al igual que esfuerzos anteriores en Estados Unidos de prohibir la entrada a mujeres, negros y, en otros lugares, judíos, gitanos y otros grupos minoritarios, la suposición es que (los hombres homosexuales) son ‘femeninos’. En vista de que carecen de las cualidades viriles necesarias para trabar combate con el enemigo, su mera presencia socavaría la camaradería, lealtad y voluntad de luchar de los heterosexuales que están en las trincheras con ellos”.¹¹

Durante las décadas de los años cincuenta y sesenta, la presencia de las mujeres como un porcentaje de los servicios fue limitada, y las mujeres no se podían casar o tener hijos y permanecer en el servicio. La tolerancia limitada de la milicia en cuanto a la presencia de la mujer, como género femenino, fue especialmente obvia en la década de los setenta, cuando el progreso social del movimiento de las mujeres en esa época era un completo contraste con las restricciones severas colocadas sobre las pocas mujeres en la milicia. Como ejemplo, fue durante la década de los años setenta que los líderes militares se resistieron abiertamente a la presencia de las mujeres en las academias de los servicios militares. Al haber cruzado el umbral del siglo XXI, los problemas bien documentados de acoso y asalto sexual en las academias de los servicios militares y en nuestros actuales teatros de guerra, muestran una resistencia continua a la presencia de las mujeres, como género femenino. Si las mujeres se hubiesen percibido como socias de pleno derecho con los hombres en el servicio militar, los preceptos de todo el entrenamiento de liderazgo e inclusive las reglas no oficiales de camaradería asegurarían su seguridad e inclusión. Sin embargo, tal como destacan los eruditos en masculinidad, la identidad masculina prácticamente requiere la subordinación del género femenino. Por lo tanto, aunque la identidad institucional de la milicia debe valorar la cohesión de tareas más constructiva necesaria para completar una misión, se coloca más énfasis en el nivel destructivo de la cohesión social que, probablemente

inconscientemente, coloca una mayor prioridad en el mantenimiento de la identidad masculina que en la protección de la misión y de todos los que contribuyen a ella.

Inclusive en la actualidad a las mujeres aún se les prohíbe servir en muchas de las especialidades militares, inclusive la mayoría de las operaciones especiales, tanques de batalla e infantería —la mayoría de las especialidades masculinas. En vista de que son los individuos de esas especialidades los que son ascendidos a los puestos de liderazgo más altos, tales como líderes de comandos principales y comandos del componente conjunto, tanto las mujeres y las perspectivas más femeninas que tienen que ver con el fortalecimiento de la comunidad, empatía y cooperación han sido cuidadosamente filtradas de los puestos que tienen que ver con criterio estratégico, planificación operacional y estructuración de la fuerza. El centro de este tema es el siguiente: la participación de las mujeres en la milicia, por ende la presencia del género femenino, se ha limitado a causa de la polaridad de las mujeres del género masculino. Lo que a la milicia aún le queda por percatarse es que ha limitado su propia capacidad de prevalecer al eliminar a las mujeres como una categoría de personas con las inclinaciones más útiles del género femenino. Específicamente, la milicia ha limitado su capacidad de emplear cualidades singulares a las mejores y el género femenino que podrían ser particularmente útiles en conflictos como los de Irak y Afganistán: destrezas de comunicación interpersonal que podrían fortalecer el apoyo en el país y lograr que la recopilación de inteligencia e información fuese más fructífera, destrezas de empatía que podrían ayudar a la milicia a entender mejor y actuar contra sus opositores y apoyar a sus aliados, destrezas para fortalecer la comunidad que podrían ir lejos en el esfuerzo de ayudar a que las comunidades de Irak y Afganistán fuesen autosuficientes y una capacidad para el entendimiento de la importancia de esos aspectos subjetivos e impredecibles de librar la guerra y del conflicto que influyen en las operaciones y que a la larga pueden ser esenciales para la victoria.

La siguiente anécdota ilustra este último punto. Al inicio de la era después de la Guerra Fría, una joven oficial fue abordada por un hombre en el Club de Oficiales quien había escuchado la conversación con sus amigos. “¿Dijo usted que fue especialista en misiles?” “Sí—, escuchó correctamente”. Luego, le comentó a la oficial acerca de las oportunidades de inspecciones nucleares en lo que anteriormente era la On Site Inspection Agency (Agencia de Inspección en el Sitio) (OSIA, por sus siglas en inglés), conocida ahora como la Defense Threat Reduction Agency (Agencia de Reducción de Amenazas de la Defensa). “Hemos encontrado que las mujeres se desempeñan muy bien en las labores de control de armas nucleares en Rusia en maneras que los hombres no pueden”. La diferencia surgió de un conjunto contrastante de suposiciones culturales acerca de las mujeres, al igual que la capacidad de las mujeres para juzgar la eficacia y veracidad de la información que habían recopilado. Las mujeres, según la OSIA había descubierto, aportan cualidades singulares al trabajo. A propósito, esta es una realización que muchas corporaciones han descubierto a través de sus conclusiones, en lugar de la teoría sociológica.

Para aportar un ejemplo ligeramente más abstracto, pero más actual, en su crítica del Field Manual (Manual de Campaña) (FM, por sus siglas en inglés) 3-0, Gian Gentile destaca que en “la recién publicada versión actual del FM 3-0 se menciona que, para el comandante, el arte operacional incluye ‘saber y si las combinaciones simultáneas (de operaciones de ofensiva, de defensa y de estabilidad) son correctas y factibles’”.¹² Gentile es abiertamente hostil a la doctrina que eleve cualquier consideración por encima de lo que él considera es la prioridad del Ejército: “Luchar y ganar las guerras de la nación”. “Al colocar el fortalecimiento de la nación como su aptitud básica por encima de combatir”, él escribe, “nuestro Ejército está comenzado a perder su camino y, como resultado, estamos invitando al peligro estratégico”.

En el centro de la inquietud de Gentile, otra inquietud que muchos otros comparten, se encuentra la disminución de destrezas tácticas esenciales, tales como la infantería, fuego de artillería y destrezas de combate en tanques que son, indudablemente, esenciales para un ejército permanente. Los hombres son particularmente aptos tanto para esas destrezas básicas y la estructura jerárquica de la milicia. Esta afirmación la confirman los hallazgos dentro de las investiga-

ciones sociales, psicológicas y lingüísticas que consistentemente han observado la predisposición masculina a la lucha y la jerarquía, al igual que el funcionamiento de sistemas mecánicos e inclusive sistemas de criterio, tales como la estrategia militar. Sin embargo, nadie ha planteado una pregunta sencilla: si los hombres están predispuestos a la lucha y, por lo tanto, son singularmente aptos para el combate militar y la contienda, ¿a qué calidad paralela están las mujeres predispuestas y qué papel pueden desempeñar en ganar las guerras de la nación? Gentile se deja llevar por la falacia lógica de la dicotomía falsa: las destrezas tácticas y las destrezas del fortalecimiento de la nación dentro de una institución tan grande como la milicia —o a lo largo de agencias gubernamentales y no gubernamentales, no son, como Gentile insinúa, incompatibles, a menos que por supuesto su predisposición institucional resienta, y por lo tanto se resista, a su integración. En otras palabras, el género masculino se enorgullece de ser apto para las destrezas tácticas, ha llevado la consagración de la naturaleza masculina de esas destrezas de nivel táctico a esferas operacionales y estratégicas y, por lo tanto, se ha auto limitado en su capacidad de llevar a cabo misiones que ahora se percata que necesita y las ha plasmado en la doctrina “cosas tales como establecer un gobierno local, llevar a cabo operaciones de información, fortalecer economías y darle servicio a la infraestructura y proporcionar seguridad, todos los cuales son elementos de fortalecer una nación”.¹³

Entonces, después de la inclinación norteamericana por la tecnología, las destrezas de combate son críticas y Estados Unidos cuenta con destrezas tácticas y equipo superior, sin embargo en nueve años no ha podido asegurar a Afganistán e Irak está cojeando hacia la democracia y la auto suficiencia. Gentile y otros alegrarían que es porque la milicia ha desatendido su misión verdadera: combatir. No obstante, otros han observado que las destrezas técnicas y tecnológicas son, de por sí, sencillamente insuficientes en conflictos tales como los de Irak y Afganistán. En su ensayo, “Clausewitz and World War IV” (Clausewitz y la Cuarta Guerra Mundial), el General de División (retirado) Robert Scales trata esto directamente, destacando que “la victoria se definirá más en términos de capturar la ventaja psicocultural en lugar de la geográfica. El entendimiento y la empatía serán armas de guerra importantes. La conducta del soldado será tan importante como la destreza con las armas. La concienciación cultural y la capacidad de forjar lazos de confianza ofrecerán protección a nuestras tropas más eficientemente que el blindaje personal”.¹⁴

Este autor sostendría que las limitaciones autoimpuestas de la milicia en cuanto a la presencia de las mujeres, al igual que su falta de apreciación estratégica por la sabiduría del género femenino en los países que invadimos y ocupamos, ha colocado simultáneamente limitaciones autoimpuestas en su capacidad de apartarse de métodos de pensamiento arraigados. Por ejemplo, Scales al discutir las contribuciones de las ciencias sociales a la victoria en el conflicto enumera nuevas áreas en las que los soldados deben mejorar sus destrezas de ciencia social. Una de las destrezas críticas que él menciona es el valor de la inteligencia táctica: “El valor de la inteligencia táctica —conocimiento de las acciones o intenciones del enemigo lo suficientemente precisas y oportunas para eliminarlo— se ha demostrado en Irak y Afganistán. El poder de neutralizar no sirve de nada a menos que un soldado en patrulla sepa a quién neutralizar”, él observa. En Afganistán particularmente, casi la mitad de la población puede localizar al enemigo con tremenda precisión, sin embargo no son valorados como aliados. En su libro, *Veiled Threat: The Hidden Power of the Women of Afghanistan* (Amenaza bajo el velo: El poder escondido de las mujeres de Afganistán), Sally Armstrong destaca que inclusive hoy en día poco ha cambiado desde la ley del Talibán para las mujeres de Afganistán que una vez fueron bastante libres para ser educadas, vestirse como les agradaba, trabajar donde les agradaba y circular como querían. “Me dijeron que aún son pobres, no han visto nada del dinero de la ONU del que todos hablan y los miembros de al Qaeda aún deambulan por las calles y fruncen el ceño a las mujeres que pasan”, observa Armstrong.¹⁵ Si Estados Unidos ofreciese seguridad para esas mujeres y sus familias, valorase sus contribuciones y no descartara el trato inhumano como una norma cultural, la seguridad y la

victoria estarían al alcance de la mano. La milicia debe, tal como Scales expone, pensar y operar de maneras nuevas y con perspectivas nuevas.

Sistemas y empatías

Una manera de pensar en formas y perspectivas nuevas es cambiar el grupo de personas a la cual uno acude al crear e implementar las estrategias. Como se destacó anteriormente, la industria ha hecho esto bastante bien. En la industria, la diversidad no es cuestión de cumplimiento o relaciones públicas; es cuestión de éxito fiscal y corporativo. Lo último que la más creativa de las industrias desea es el tipo de homogeneidad de adiestramiento y pensamiento que uno encuentra en la milicia. Está bien comprobado que esta homogeneidad tiene su utilidad en una organización sumamente disciplinada como la milicia, pero sería prudente de ésta destacar que esa semejanza también tiene su desventaja. Una diferencia intrínseca de las perspectivas que la milicia debe aprovechar radica en la diferencia en los procesos de pensamiento y las maneras de conocer entre los hombres y las mujeres.

En su libro, *The Essential Difference: The Truth about the Male and Female Brain* (La diferencia esencial: La verdad acerca del cerebro masculino y el femenino), Simon Baron-Cohen reduce la diferencia entre los dos de la siguiente manera: “El cerebro femenino está predominantemente conectado directamente a la empatía. El cerebro masculino está predominantemente conectado directamente con entender y crear sistemas”.¹⁶ Por muchos años, la predisposición de las mujeres por la empatía —algunos hombres se quejan que las mujeres son “demasiado emotivas” para estar en situaciones estresantes de guerra— se ha interpretado como una debilidad. Junto con el hecho de que la empatía, o emoción, es un rasgo femenino, la debilidad y la empatía son, en el entorno militar masculino, inconcebibles. Sin embargo, los filósofos militares como el General Scales están detallando el valor de la empatía en el conflicto actual y futuro, como si ya no tuviésemos acceso al mismo por medio de los miles de mujeres en el servicio activo y los cientos de miles de mujeres en países que hemos invadido y ocupado.

En un entorno militar poblado por hombres e imbuido en la identidad masculina, naturalmente que el razonamiento será tal como lo estipula Baron-Cohen: orientado al sistema. El modo de hablar de las mujeres está muy orientado a la relaciones, alega Baron-Cohen, y el de los hombres muy orientado a los sistemas, con énfasis en temas como la tecnología, tráfico y rutas, herramientas de poder y sistemas de computadoras. Según él, “la sistematización es el empuje para comprender un sistema y para fabricarlo. Por sistema no solo quiero decir una máquina Ni tan siquiera quiero decir cosas que uno puede fabricar (como una casa, pueblo o código legal). Por sistema quiero decir cualquier cosa que es gobernada por reglas que especifican las relaciones entre entrada-operación-salida”, inclusive la estrategia militar.¹⁷

Esta afirmación encaja perfectamente en el escepticismo de Vego de la inclinación de la milicia por teorías y estrategias como las operaciones basadas en efectos y el diseño operacional sistémico, inclusive análisis bien respetados proponiendo que el enemigo se puede detener si una estrategia atacase los nodulos correctos en un “sistema de sistemas”.¹⁸ Si bien algunos de estos enfoques sistémicos de las operaciones militares admiten la importancia de la respuesta humana, no justifican, ni pueden justificar con exactitud la imprevisibilidad de la respuesta humana.

Sin embargo, mayor receptividad a las propiedades del género femenino podría ayudar con este aspecto del conflicto. Baron-Cohen observa que las destrezas de empatía de la mujer son cognitivas y afectivas. Tal como destaca, “el componente cognitivo implica poner a un lado su propia perspectiva actual, atribuyendo un estado mental (a veces conocido como ‘actitud’) a la otra persona y luego sugiriendo el contenido probable de su estado mental, dada su experiencia. El componente cognitivo también le permite *predecir* el comportamiento o estado mental de la

otra persona” (énfasis en el original).¹⁹ El componente afectivo tiene que ver con la respuesta emotiva al componente cognitivo —por ejemplo, simpatía.

Pero la presencia de la mujer no equivale a la presencia de las fortalezas del género femenino. Esto es en parte a causa del hecho que el pensamiento sistémico (masculino) tiende a descontar el pensamiento alternativo. Tal como Baron-Cohen destaca, “Si la otra persona hace una sugerencia, es más probable que los chicos la rechacen del todo diciendo, ‘Tonterías’ o ‘No lo es’ o más groseramente, ‘Eso es estúpido’. Es como si el estilo más masculino de por sentado que hay un panorama de realidad objetivo, que resulta ser *su* versión de la verdad. El método más femenino parece dar por sentado desde el inicio que podría haber subjetividad en el mundo.”²⁰ Este “panorama de la realidad objetivo”, combinado con la realidad de la jerarquía militar, que acalla a los subordinados, limita severamente la receptividad a perspectivas alternativas, especialmente las perspectivas femeninas, en un momento cuando es imprescindible disponer de una nueva mentalidad.²¹

Con esto en mente, analicemos nuevamente, como ejemplo, a esa lista de funciones en el FM 3-0: “establecer el gobierno local, llevar a cabo operaciones de información, fortalecer las economías y la infraestructura de servicio, y ofrecer seguridad”. De manera interesante, esas funciones se catalogan de una manera consistente con la afirmación de Baron-Cohen que los hombres están “conectados directamente para entender y crear sistemas” —en un final, todos esos elementos son sistemas. Evidentemente el fortalecimiento de la nación es una prioridad para la seguridad nacional, y evidentemente la seguridad nacional y el fortalecimiento de la nación son cuestiones de crear sistemas, específicamente gobierno, operaciones de información, sistemas económicos, sistemas de infraestructura y presuntamente seguridad física. Sin embargo, si se araña la superficie de esos sistemas y se descubre rápidamente la necesidad de comprender las experiencias, ideologías, inquietudes, necesidades, prioridades y la base de conocimiento de las personas —las que requieren la capacidad para interactuar con y “descifrar” a las personas involucradas. Esos sistemas acaban de entrar al ámbito femenino: empatía.

Esos factores poco claros, como algunos los llamarían, han sido cada vez más aceptados por aquellos que han podido reflexionar sobre sus experiencias personales en Irak y Afganistán. Al igual que Scales, Niel Smith y John Patch, ambos miembros de la milicia y veteranos de las operaciones militares en Irak, reconocen la importancia de más problemas humanos y menos precian la falta de preparación que su entrenamiento militar les dio para ese tipo de entendimiento humano —para la empatía. Smith, después de regresar a Alemania de Irak en el 2004, se lamentó del hecho que “un año de operaciones in Bagdad y tres meses luchando contra la primera rebelión Sadr dejó claro que nuestras estrategias y métodos no eran adecuados para cumplir con las demandas del entorno”.²² A medida que analizaba la literatura de contrainsurgencia, específicamente la experiencia de Vietnam, se sintió consternado de saber que el Ejército “no se percató que la lucha era por la lealtad de la población, la cual habíamos colocado en segundo plano después de trabar al enemigo en la batalla”.²³ En otras palabras, la milicia poseía un modelo —un sistema— para trabar combate en la batalla pero no poseía un modelo, o sistema, para involucrarse con el pueblo. De manera similar, Patch aprendió el valor de entender “los problemas humanos fundamentales de la región”²⁴ en los Balcanes, no de su entrenamiento militar, sino leyendo el libro *Balkan Ghosts* (Fantasmas de los Balcanes), de David Kaplan, que le dio a Patch un sentido inapreciable de la concienciación cultural que de lo contrario solamente hubiese ocurrido al involucrarse con el pueblo de los Balcanes, en tierra en los Balcanes “lo que el Ejército ahora le llama eufemísticamente el “terreno humano”. “El gran regalo de *Balkan Ghosts* son sus percepciones en la lección sencilla y poderosa que todo tiene que ver con el pueblo: su historia, pasiones (malas y buenas), culpabilidad colectiva, gobernantes, dioses, comida, bebida, festivales y, por su puesto, sus temores. Ni la tecnología expansiva ni los fondos ilimitados (o las tropas) se pueden imponer al tópico básico que todo tiene que ver con el pueblo, escribió Patch.”²⁵

¿A qué generalización señalan estas realidades? En la opinión estudiada de este autor, la implementación militar de las destrezas sistémicas masculinas intrínsecas puede que tengan más éxito, inclusive en el ámbito de las operaciones militares, si son complementadas completamente por destrezas comunicativas y enfáticas femeninas. Tal como Robert Gates señaló en un discurso en el 2008 en la Universidad Nacional de Defensa, “Nunca abandonen las dimensiones psicológicas, culturales, políticas y humanas de la guerra, que es inevitablemente trágico, ineficaz e incierto. Sean escépticos de los análisis de sistemas, modelos de computadoras, teorías de juego o doctrinas que sugieren lo contrario. Desconfíen de nociones idealizadas, arrogantes y etnocéntricas del conflicto futuro”. Es la tendencia masculina crear y mantener el sistema militar, junto con un análisis enfático y participación más femenina, que puede acercarse a ejecutar el reto desalentador planteado por el Secretario de Defensa Gates.

Entonces, ¿qué está obstaculizando la capacidad de la milicia de emplear lo mejor que su propia presencia femenina tiene que ofrecer? Es bien sencillo, el Departamento de Defensa se está obstaculizando a sí mismo. Scales opina que

el éxito estratégico vendrá no de maniobras extensas grandes sino de un amontonamiento de éxitos locales, la suma de los cuales será un cambio en la ventaja perceptual —el *schwerpunkt*, el punto de decisión, será muy difícil de ver y especialmente de predecir. Como parece estar sucediendo en Irak, por un tiempo puede que el enemigo sea dueño de la superioridad psicocultural y la mantenga eficazmente contra el dominio tecnológico norteamericano. Las percepciones y la confianza se erigen entre las personas y las personas viven en tierra. Por lo tanto, las guerras futuras serán decididas principalmente por las fuerzas terrestres, específicamente el Ejército, la Infantería de Marina, las Fuerzas Especiales y las diferentes formaciones de la reserva que las apoyan.²⁶

El lugar que el General Scales alega que es donde más se necesitan las destrezas empáticas e intuitivas es precisamente el lugar donde a las mujeres militares no se les permite: en unidades de infantería terrestre y las fuerzas especiales.

Si las mujeres y las fortalezas del género femenino fuesen apreciadas y valoradas, las mujeres de la milicia norteamericana y las mujeres civiles en los teatros de guerra serían recursos de valor incalculable tanto en acumular “éxitos locales” como en fomentar la confianza.

La capacidad de las mujeres para fomentar la confianza, lograr éxitos locales e incluso cosechar inteligencia emana de la noción de “congruencia emocional” de Louann Brizendine. Brizendine, siquiátrix y autora del *The Female Brain* (El cerebro femenino), destaca que las mujeres son naturalmente aptas para establecer congruencia emocional²⁷ —la capacidad de imitar y entender “los gestos con las manos, posturas del cuerpo, ritmos de la respiración, miradas y expresiones faciales de otras personas como una manera de intuir lo que están sintiendo. Este es el secreto de la intuición, el resultado final de la capacidad de la mujer de leer la mente”.²⁸ Sin embargo, la congruencia emocional requiere involucrarse con otros de cerca con el tiempo, lo que es un anatema para un militar masculino y enfocado tecnológicamente que prefiere ejercer la fuerza para una victoria rápida en lugar de invertir en la interacción cara a cara con el tiempo. Además, mientras los escépticos estarían inclinados a argumentar que esa destreza no se refleja en otras culturas, como en un entorno en tiempo de guerra, Baron-Cohen y sus colegas de investigación encontraron lo contrario. En Estados Unidos muchos oficiales del orden público desarrollan esas destrezas durante el transcurso de la experiencia. No obstante, esas destrezas no se les “distribuyen” a los soldados de infantería.

Otra manera de pensar sobre estos problemas confusos fue presentada por Barry Watts, investigador del Centro de Evaluaciones Estratégicas y Presupuestarias. Watts destaca en su informe *US Combat Training, Operational Art, and Strategic Competence: Problems and Opportunities* (Entrenamiento de combate, arte operacional y aptitud estratégica de EUA: Problemas y oportunidades)

que “los problemas tácticos se pueden ‘controlar’ ya que por lo general tienen soluciones definidas en el sentido de la ingeniería. Los denominados problemas ‘malos’ son básicamente problemas sociales. Están mal estructurados, son interminables y no son flexibles a soluciones de ingeniería cerradas. Los problemas operacionales y estratégicos parecen radicar dentro del ámbito de los problemas malos o desorganizados”. Al comparar los hallazgos de Watts con los de Baron-Cohen, uno podría llegar a la conclusión de que las mujeres, con modos de pensamientos empáticos orientados a temas sociales, ofrecerían percepciones invaluable en complemento al “de ingeniería cerrados” o, tal como Baron-Cohen sugiere, soluciones “sistémicas” a problemas operacionales y estratégicos. Watts continúa señalando que “la causa de que el cerebro humano exhibe solamente dos modos cognitivos fundamentales —intuición basada en el patrón de reconocimiento, y el razonamiento deliberado relacionado más de cerca con la corteza cerebral— el lugar lógico para localizar una frontera cognitiva entre las respuestas intuitivas y razonadas en términos de los niveles de guerra tradicionales —táctico, arte operacional, estrategia— está entre las tácticas y el arte operacional”.²⁹ Quizás, entonces, al entendimiento cognitivo completo de todos los niveles de guerra le iría mejor con procesos de pensamientos masculinos y femeninos en el trabajo. Esta noción es corroborada cuando, con su modelo para una división cognitiva entre intuición y razonamiento sobre la mesa, Watts alega que, “las destrezas cognitivas por debajo de la pericia técnica difieren básicamente de aquellas exigidas por artistas operacionales y estrategas competentes”.³⁰ Nuevamente, deshacerse de las mujeres y del género femenino del nivel de estrategia y arte operacional mediante exclusiones tácticas es básicamente limitar la capacidad de la milicia de crear estrategia y arte operacional bien meditado.

En vista de la predisposición occidental de la milicia norteamericana, naturalmente respeta las opiniones clausewitzianas de la naturaleza y el carácter de la guerra y el arte operacional. A los estudiantes de estrategia militar les haría bien considerar también los preceptos del *Art of War* (El arte de la guerra) de Sun Tzu. En él, Sun Tzu trata los requerimientos lógicos y sistémicos más masculinos de los ejércitos y la guerra. Sin embargo, él también muestra respeto por lo que se podrían considerar los elementos más femeninos de empatía. Tengan en cuenta la relevancia de la empatía, congruencia emocional y subjetividad a lo siguiente:

- “Si conoce al enemigo y se conoce a sí mismo, no necesita temerle al resultado de cien batallas. Si se conoce a sí mismo pero no al enemigo, por cada victoria ganada también sufrirá una derrota. Si no conoce al enemigo ni se conoce a sí mismo, sucumbirá en cada batalla”.
- “Toda guerra se basa en la decepción”.
- “No podemos entrar en alianzas hasta que no conozcamos los diseños de nuestros vecinos”.
- “No hay más que cinco colores primarios (azul, amarillo, rojo, blanco y negro), sin embargo en combinación producen más matices de los que jamás se han visto”.

La inclinación más masculina sería “conozca al enemigo y conózcase a sí mismo”, por ejemplo, según la demografía: números de tropas, piezas de equipo, potencia de tiro y limitaciones logísticas. La inclinación más femenina sería “conozca al enemigo y conózcase a sí mismo” según la voluntad, motivación y apoyo en el frente doméstico. Como filósofo no occidental, Sun Tzu se percató de la importancia de la empatía y la congruencia, aunque por otros nombres, en sus principios de la guerra.

Posibilidad y precedencia

Entonces, ¿cómo podrían algunos de estos atributos del género femenino de desarrollarse en formas menos teóricas y más prácticas? La lista de tareas derivadas del FM 3-0, *Information Operations*, por ejemplo, subsume las destrezas en el campo de operaciones de influencia, y las operaciones de influencia se basan en la comunicación, expresión facial, percepción e interpretación,

para nombrar unas cuantas características. Los sistemas económicos comienzan en general con elementos micros del sistema, tales como incentivos a los agricultores afganos para que reemplace cosechas de amapolas (opio) con algo menos dañino, y comunicar la noción que los opiáceos son “dañinos” requiere que esos agricultores experimenten un nivel de empatía. Los sistemas económicos también sobreviven de pequeños préstamos a negociantes individuales, y los programas que tienen que ver con micro préstamos a mujeres han sido sorprendentemente exitosos en India, África y el Oriente Medio. Los sistemas de infraestructura son importantes, pero ¿cómo se le da prioridad a cuál proyecto de infraestructura debe ser el primero? Análisis lógicos de la densidad de la población, infraestructura reparable existente y la disponibilidad de equipo nuevo son irrelevantes en una zona que aún está poblada por ladrones, vándalos e insurgentes. ¿Cómo puede usted saber que los insurgentes están presentes? Les aseguro que las mujeres terriblemente desatendidas de esas comunidades, que están tratando desesperadamente de cuidar a sus hijos y a los ancianos, lo saben. Y probablemente lo confiarían a otra mujer que a un hombre que luce mucho más amenazante. Uno también descubriría las amenazas existentes a la seguridad física en el transcurso de la conversación apropiada con las mismas mujeres.

Como muchos en la milicia finalmente se han percatado, el papel que el DOD desempeña en el mantenimiento de paz y en el fortalecimiento de la nación es una realidad con la cual la milicia tiene que lidiar, está tratando de lidiar y, sin embargo, no se siente cómoda con ello. Sin embargo, marginadas por mucho tiempo a causa de la cuestión de las “mujeres en combate”, las inclinaciones femeninas de las mujeres hacia estrategias de cooperación y enfoque en la comunidad, analizadas adecuadamente, podrían desempeñar un papel importante en los talentos que se necesitan para el fortalecimiento de la nación y el mantenimiento de paz. Analice los siguientes ejemplos.

En 1986, cuando terminó el entrenamiento básico, el Ejército envió a Eli PaintedCrow, apodada “Taco” por su aptitud de hablar español, a Honduras como intérprete. Estados Unidos estaba construyendo bases y pistas de aterrizaje para ayudar a los hondureños a luchar contra los sandinistas. “Ella se mezclaba entre los hondureños cuando podía, curiosa por conocerlos y preocupada acerca de si su gobierno estaba o no en lo correcto”, escribe Helen Benedict, autora de *The Lonely Soldier* (El soldado solo). La milicia estadounidense ya sabe que el éxito operacional es limitado si las personas entre las cuales ellos operan no son amistosas hacia nuestras intenciones. O, como Sun Tzu expresó, “No podemos entrar en alianzas hasta que no conozcamos los diseños de nuestros vecinos”. PaintedCrow pudo ver esos problemas desarrollándose, pero la “inteligencia” que ella había recopilado fue pasada por alto.

Benedict también escribe acerca de las mujeres sirviendo en Irak. Por separado, ellas se quejaron de que les habían dicho que iban para Irak para ayudar a los iraquíes, a liberarlos; sin embargo, tenían muy poco o ningún adiestramiento sobre la cultura o el estilo de vida iraquí. Desde un punto de vista masculino, si uno va a “ayudar” a las personas, entonces usted o bien (1) va allá a eliminar al enemigo, por lo tanto ¿cuánto necesita saber? o (2) ya es un superior y sencillamente les tiene que decir qué hacer y cómo. Desde el punto de vista femenino, la empatía y la comprensión son elementos importantes si la intención de uno es “ayudar” a alguien.

Empleando un ejemplo más histórico, las destrezas empleadas por Sacagawea rescataron la expedición de Lewis y Clark del olvido en varias ocasiones. En su libro, *Ladies of Liberty* (Damas de la libertad), Cokie Roberts señala varias anotaciones en los diarios de William Clark que rinden tributo a las muchas destrezas de Sacagawea, inclusive interpersonales. Su conocimiento de raíces comestibles, frutas silvestres y vegetales a lo largo del Oeste salvó al grupo de enfermedades, sino la hambruna, en varias ocasiones. En muchas ocasiones más Clark señala que la “esposa de Charbonneau nuestro intérprete reconcilia a todos los indios con respecto a nuestras intenciones amistosas”, y Sacagawea fraguó relaciones con las diferentes tribus, descubriendo así atajos para el viaje.³¹ Sacagawea, escribió Robert, sirvió de guía, intérprete y protectora.

En décadas más recientes, varios modelos de participación de las mujeres y el género femenino han reconstruido comunidades y naciones. María Hinojosa, comentarista de PBS (Servicio de Difusión Pública), entrevistó a varias mujeres legisladoras y ministras de gabinete con respecto a la recuperación de Ruanda a raíz de las matanzas genocidas en 1994. El presidente de Ruanda, Paul Kagame, señala Hinojosa, hizo un esfuerzo por integrar a las mujeres al sistema político. Casi mitad de los miembros de la cámara baja del Parlamento en ese país son mujeres —un porcentaje más alto que en cualquier parte del mundo. “Muchos ruandeses”, señala Hinojosa, “piensan que las mujeres son mejores en la reconciliación y mantener la paz y son menos susceptibles a la corrupción”. Si bien las conexiones entre causa y efecto se pueden debatir, Ruanda se ha recuperado bastante bien de su experiencia oscura al final del siglo pasado. Su economía se ha recuperado en parte por los negocios que las mujeres ruandesas han abierto para ayudar en la recuperación de la nación. Acciones como esa, adoptadas por un ex ministro de gobierno quien supervisó un programa que colocó excepto 4,000 de los 500,000 huérfanos en hogares ruandeses exhortando a las mujeres ruandesas que los aceptaran han ayudado a que la cultura se recupere también. Si Estados Unidos exhortase un reclutamiento de mujeres y sus fortalezas a gran escala similar en Irak y Afganistán, las recuperaciones en esos países ya estarían en marcha. Estados Unidos y varias organizaciones no gubernamentales han empleado programas a pequeña escala dedicados a las mujeres, pero esas respuestas simbólicas probablemente no echarán raíces sin apoyo a una escala mucho mayor. Los escépticos alegarían que esa no es la labor de la milicia estadounidense, pero sin una garantía de seguridad y protección, particularmente donde las mujeres son presas de los miembros salvajes y analfabetos del talibán y al Qaeda, algunos países —Afganistán en particular— de seguro regresarán al caos con el trato inhumano de las mujeres y la pobreza garantizada.

¿Cuáles programas a gran escala que se han enfocado en las mujeres han tenido éxito? En una escala muy grande, el Hunger Project (Project Hambre) ha sido objeto de resultados sorprendentemente positivos con un periodo prolongado de éxito en África, el Sudeste de Asia y América Latina según un modelo que puede duplicarse en el fortalecimiento de la nación y en entornos de mantenimiento de paz. El Proyecto Hambre emplea estrategias comprobadas para sacar las aldeas de la pobreza y el hambre y tornarlas autosuficientes —típicamente en cinco años. En el centro de la filosofía del Proyecto Hambre, no obstante, está el apoderamiento de mujeres y niñas para poder lograr un cambio duradero— una filosofía que también encontró algo de éxito en Afganistán. Si desde el inicio se hubiese implementado una estrategia similar en Irak y Afganistán, aunque en una escala mucho más grande, a estas alturas esos países hubiesen estado bien encaminados hacia la autosuficiencia. La teoría de cambio del Proyecto Hambre depende de tres pilares del pensamiento: (1) movilizar a la gente de base para acción independiente, (2) apoderar a las mujeres como agentes claves del cambio y (3) forjar asociaciones eficaces entre el pueblo y el gobierno local.

La teoría de cambio sumamente exitosa del Proyecto Hambre está claramente en el ámbito del género femenino. Notablemente, movilizar a la población de base y forjar asociaciones con el gobierno local también son principios que están incluidos en el FM 3-0 y en las pautas para las operaciones militares actuales en Irak y Afganistán. ¿Hubiese tenido esta última mayor éxito en Irak y Afganistán si también se hubiese empleado el segundo elemento y apoderado a las mujeres como agentes de cambio claves, tanto como participantes militares y participantes de la comunidad? Este autor cree que la respuesta a esa pregunta es claramente afirmativa. El modelo para el éxito del Proyecto Hambre incorpora aún más el desarrollo integrado de la comunidad y objetivos de desarrollo del milenio que se supone logren el desarrollo de la comunidad —indicadores y metas que pudiesen repetirse en la acción de EUA en Afganistán, en particular. El éxito del Proyecto Hambre en fortalecer comunidades parecería antiético para la meta del militar masculino de “luchar y ganar”; no obstante, la realidad es que el Proyecto Hambre ha tenido

gran éxito haciendo lo que se le pide a la milicia que haga —fortalecer comunidades seguras— aunque el Proyecto Hambre no lo ha tenido que hacer de una manera definitivamente masculina.

Resumen

El modelo militar masculino de Estados Unidos ha producido la milicia más poderosa del mundo con el personal mejor capacitado y las armas más poderosas y precisas del mundo. Pero a diferencia de su capacidad de disuadir la agresión soviética, este modelo de fortaleza y preparación de la Guerra Fría no ha disuadido el genocidio instigado por líderes tiranos, ni ha eliminado las amenazas del flujo de drogas a lo largo de las fronteras, ni ha disuadido los ataques terroristas de déspotas ideológicos. Entonces, nos tenemos que preguntar qué falta—¿por qué la milicia estadounidense, sumamente lógica, tecnológica e ideológicamente democrática no puede prevalecer contra tiranos, narcotraficantes y terroristas? La razón es obviamente múltiple, pero este autor afirma que es porque la milicia estadounidense no está empleado todo su potencial. Al sacarle provecho a las cualidades del género masculino para crear y perpetuar su identidad institucional apropiadamente combatiente, la milicia de EUA ha creado una cultura que mantiene las restricciones masculinas en sus procesos de pensamiento, su estructura de fuerza, sus tácticas y su estrategia. A pesar de los muchos puntos fuertes de la milicia que han resultado de la mentalidad masculina, la subordinación requerida del género femenino que la identidad masculina requiere ha limitado la propia capacidad de la milicia de emplear toda la sabiduría humana, experiencia, instinto y talento disponible. La milicia ha dedicado décadas al esfuerzo de defender sus suposiciones culturales con respecto a lo que a las mujeres en la milicia no se les debe permitir hacer. Pero, si Estados Unidos quiere conservar la mejor milicia del mundo, no se deben enfocar en el género femenino como una debilidad —en cambio, se debe enfocar en las posibilidades del género femenino como un multiplicador de fuerza. □

Notas

- (Todas las notas están abreviadas. Para detalles completos, favor consultar la bibliografía).
1. Vego, "Systems versus Classical Approach to Warfare" (Sistemas versus el método clásico a la guerra).
 2. Kimmel, *Manhood in America* (La hombría en Estados Unidos), 2.
 3. Braudy, *From Chivalry to Terrorism* (De la caballería al terrorismo); Kimmel, "Masculinity as Homophobia" (La masculinidad como homofobia); y Connell, *Masculinities* (Masculinidades).
 4. Kimmel, "Masculinity as Homophobia," 58.
 5. Vego, "Systems versus Classical Approach to Warfare."
 6. Kimmel, "Masculinity as Homophobia," 58.
 7. Frels, "Women Warriors" (Mujeres guerreras) 27.
 8. Vego, "Systems versus Classical Approach to Warfare."
 9. Ibid.
 10. Kimmel, *Manhood in America*, 111.
 11. Braudy, *From Chivalry to Terrorism*, xiv.
 12. Gentile, "Let's Build an Army" (Construyamos un ejército), 27.
 13. FM 3-0, *Operations* (Operaciones), citado en Gentile, "Let's Build an Army," 27.
 14. Scales, "Clausewitz and World War IV" (Clausewitz y la Cuarta Guerra Mundial).
 15. Armstrong, *Veiled Threat* (Amenaza velada), 198.
 16. Baron-Cohen, *Essential Difference* (Diferencia esencial), 1.
 17. Ibid., 61.
 18. Vego, "Systems versus Classical Approach to Warfare."
 19. Baron-Cohen, *Essential Difference*, 26.
 20. Ibid., 48.
 21. Consultar Samuels y Samuels, "Incorporating the Concept of Privilege into Policy and Practice" (Incorporando el concepto de privilegio a la política y la práctica) este volumen.
 22. Smith, "Lost Lessons of Counterinsurgency" (Lecciones de contrainsurgencia perdidas)
 23. Ibid.
 24. Patch, "Ground Truth" (La verdad fundamental), 33.

25. Ibid., 44.
26. Scales, "Clausewitz, and World War IV."
27. Brizendine, *Female Brain* (El cerebro femenino), 121.
28. Ibid., 122.
29. Watts, *US Combat Training* (Entrenamiento en combate de EE.UU.).
30. Ibid., 11.
31. Roberts, *Ladies of Liberty* (Damas de la libertad), 131

Bibliografía

- Armstrong, Sally. *Veiled Threat: The Hidden Power of the Women of Afghanistan*. New York: Four Walls Eight Windows, 2002.
- Baron-Cohen, Simon. *The Essential Difference: The Truth about the Male and Female Brain*. New York: Basic Books, 2003.
- Benedict, Helen. *The Lonely Soldier: The Private War of Women Serving in Iraq* (El soldado solo: La guerra privada de las mujeres que sirven en Irak). Boston: Beacon Press, 2009.
- Bly, Robert y Marion Woodman. *The Maiden King: The Reunion of Masculine and Feminine* (El rey soltero: La reunión del género masculino y del femenino). New York: Henry Holt and Co., 1998.
- Braudy, Leo. *From Chivalry to Terrorism: War and the Changing Nature of Masculinity* (Desde la caballerosidad al terrorismo: La guerra y el cambio a la naturaleza masculina). New York: Alfred A. Knopf, 2003.
- Brizendine, Louann. *The Female Brain*. New York: Morgan Road Books, 2006. Connell, R. W. *Masculinities*. Berkeley: University of California Press, 1995. Drexler, Peggy. *Raising Boys without Men: How Maverick Moms Are Creating the Next Generation of Exceptional Men* (Criando varones sin hombres: Cómo las madres inconformistas están creando la próxima generación de hombres excepcionales). Emmaus, PA: Rodale, 2005.
- Frels, Mary C. "Women Warriors: Oxymoron or Reality" (Mujeres guerreras: ¿Oxímoron o realidad?), US Army War College Strategy Research Project. Carlisle Barracks, PA: US Army War College, 1999.
- Gentile, Gian. "Let's Build an Army to Win All Wars" (Construyamos un ejército para ganar todas las gueras) *Joint Forces Quarterly* 52 (2009): 27–33.
- Hinojosa, María. "Transcript: Women, Power, and Politics." (Transcripción: Mujeres, poder y política) Transmitido el 19 de septiembre de 2008. <http://www.pbs.org/now/shows/437/transcript.html>.
- The Hunger Project (El Proyecto Hambre). <http://www.thp.org/home>.
- Hunt, Krista, y Kim Rygiel. (En) *Gendering the War on Terror: War Stories and Camouflaged Politics* (Engendrando la guerra contra el terrorismo: Relatos de la guerra y política camuflajeada). Hampshire, UK: Ashgates, 2006.
- Kimmel, Michael S. *Manhood in America: A Cultural History* (La hombría en América: Una historia cultural). New York: The Free Press, 1996.
- . "Masculinity as Homophobia: Fear, Shame, and Silence in the Construction of Gender Identity" (La masculinidad como homofobia: Temor, bochorno y silencio en la construcción de identidad del género). *En Privilege: A Reader* (Privilegio: Un texto), editado por Michael S. Kimmel y Abby L. Ferber, 51–74. Boulder, CO: Westview Press, 2003. Newberger, Eli H. *The Men They Will Become: The Nature and Nurture of Male Character* (Los hombres en que se convertirán: La naturaleza y la crianza del carácter masculino). Reading, MA: Perseus Books, 1999.
- Patch, John. "Ground Truth and Human Terrain" (La verdad fundamental y el terreno humano). *Armed Forces Journal*, noviembre de 2008, 33.
- Roberts, Cokie. *Ladies of Liberty: The Women Who Shaped Our Nation* (Damas de la libertad: Las mujeres que moldearon nuestra nación). New York: William Morrow, 2008.

Scales, Robert. "Clausewitz and World War IV" (Clausewitz y la Cuarta Guerra Mundial). *Armed Forces Journal*, July 2006. <http://www.armedforcesjournal.com/2006/07/1866019>.

Smith, Niel. "Lost Lessons of Counterinsurgency" (Lecciones perdidas de contrainsurgencia). *Armed Forces Journal*, noviembre de 2008, 32.

Vego, Milan N. "Systems versus Classical Approach to Warfare." *Joint Forces Quarterly* 52 (2009): 40–47.

Watts, Barry. *US Combat Training, Operational Art, and Strategic Competence: Problems and Opportunities*. Center for Strategic and Budgetary Assessment. 2008. http://www.csbaonline.org/4Publications/PubLibrary/R.20080821_US_Combat_Training/R.20080821.US_Combat_Training.pdf.



Dra. Edith A. Disler, PhD, es una veterana de 25 años de la Fuerza Aérea quien se desempeñó en calidad de miembro de la tripulación de los misiles balísticos intercontinental (ICBM, por sus siglas en inglés), oficial ejecutivo de apoyo al secretario y subsecretario de defensa, inspectora de control de armas convencionales, redactora de discursos y profesora. Obtuvo su licenciatura en idioma y literatura inglesa de la University of Michigan, una maestría en redacción técnica y declarativa de la University of Arkansas en Little Rock, una maestría en seguridad nacional y estudios estratégicos de la Escuela Superior de Guerra de la Armada y un doctorado en lingüística de la Georgetown University. La Dra. Disler es la autora de *Language and Gender in the Military: Honorifics, Narrative, and Ideology in Air Force Talk* (Idioma y género en la milicia: Honoríficos, narrativa e ideología en el modo de hablar de la Fuerza Aérea) y ha publicado regularmente y presentado obras relacionadas con la mujer en la milicia, la construcción de la identidad sexual en la milicia y conversaciones en un entorno militar. Es socia fundadora de la empresa consultora Interaccional Strategies LLC.